

"Descendientes de Coraich, les dijo, ¿cómo pensáis que debo proceder con vosotros?—Con bondad, respondieron ellos; tú eres un hermano generoso.—Idos, les contestó, estáis amnistiados," (1).

Dejemos ya la vida de Mahoma. Fué el fundador de una extendida creencia, y es por su doctrina por la que debe juzgarse al revelador. Un alemán, su biógrafo, que le juzga con grande severidad, reconoce, sin embargo, que "por los beneficios de su predicación merece ser contado entre los enviados de Dios,". Mahoma es un profeta, un revelador para el Oriente, como Jesucristo lo es para el mundo occidental. Hasta aquí ha habido una especie de hostilidad entre Mahoma y Jesús; pero acabarán por encontrarse en una unidad superior: son los representantes de las civilizaciones del Oriente y del Occidente; los dos mundos divididos durante largo tiempo tienden á aproximarse, y lo mismo sucederá con aquellas doctrinas. El mayor obstáculo para la concordia es la recíproca pretensión de una revelación divina y exclusiva, y ese mismo obstáculo desaparecerá. En el mundo occidental, el dogma de la encarnación va haciendo lugar á una revelación continua y progresiva por medio de la humanidad. En el mundo oriental, que nosotros imaginamos completamente inmovilizado, hubo desde el principio protestas contra la divinidad del Corán (2). En el siglo XVIII, una secta poderosa surgió entre los Arabes del desierto; los *Wahabitas*, rechazando á Mahoma como apóstol y al Corán como revelación, predicaron con las armas en la mano la unidad de Dios: nada de supersticiones en las cosas religiosas, nada de desigualdad en la vida civil y política: tal era la doctrina de esos reformadores del mahometismo. Su creencia se esparció por la Arabia entera; un momento pareció que amagaba al Oriente una nueva invasión; pero sucumbieron ante el argumento de la fuerza. Los sectarios han sido rechazados á los desiertos (3), pero el impulso está dado; la luz de la razón ha penetrado en la religión; y cuando una vez se ha renegado de un Dios, ya no se vuelve á sus altares. La autoridad del cristianismo y del maho-

(1) WEIL, *Mahoma*, p. 401 y sig.—El gran historiador J. DE MÜLLER dice: «*Es war ein Gott in ihm*» (*Carta del 15 de Junio de 1796*, t. xxxi, p. 158).

(2) En la secta de los Mutazalitas (Véase á WEIL, *El Califá*, tomo II, p. 263).

(3) RITTER, *La Arabia*, t. II (t. XIII de su *Geografía*), páginas 448-452.

metismo están minadas por sus cimientos, al mismo tiempo que el Oriente y el Occidente se aproximan. ¿No es esta una señal de los tiempos?

SECCION 3.^a

EL ISLAMISMO (1).

§ I—Fuentes del islamismo.

Se reprocha al islam el ser un inmenso plagio: "Jamás hubo falso profeta más grande plagiario que Mahoma, exclama G. Schlegel. De todas partes sacaba sus pretendidas revelaciones: de la ley de Moisés, de algunas tradiciones nacionales, del Nuevo Testamento y de los evangelios apócrifos, de los sueños de los talmudistas, de las opiniones de ciertas sectas cristianas, y hasta de las doctrinas de Zoroastro y de los brahmanes, á pesar de su horror al politeísmo," (2). No parece sino que, para que una religión sea verdadera, debe bajar directamente del cielo, sin que tenga relación alguna con la tradición. Toda religión procede necesariamente del pasado. La antigüedad ha preparado el cristianismo, el cual, nacido en Oriente, pero destinado á educar las razas occidentales, se ha apropiado los elementos de la civilización grecorromana, separándose del Asia para aproximarse á Europa. Mahoma, llamado á ser el profeta del Oriente, ha tenido que recibir en su doctrina los frutos de la civilización oriental.

No parece sino que las religiones del Oriente se habían dado cita para la Arabia: la masa de la población era idólatra, pero había entre ella tribus judías y cristianas, y las había que practicaban el culto de los magos. El mosaísmo penetró muy temprano entre los Arabes, que pertenecen á la misma raza que los Judíos; el establecimiento de los Hebreos en Yathrib (Medina) se remonta á los tiempos más remotos. Los misioneros llevaron el cristianismo á la península, y las sectas perseguidas por los ortodoxos hallaron en ella asilo y libertad. La guerra estableció relaciones entre los Arabes y el imperio de los Persas; los príncipes de Hira eran vasallos de los grandes reyes (3); bajo su pode-

(1) *El Corán*, trad. de KASIMIRSKI, en los *Libros sagrados del Oriente*, de PAUTHIER.

(2) G. SCHLEGEL, *Ensayos históricos y literarios*, p. 534.

(3) PERCEVAL, *Hist. de los Arabes*, t. II.

rosa influencia se difundió el magismo en la Arabia.

Aquella coexistencia de tres religiones al lado del politeísmo conmovió profundamente los ánimos y preparó la misión de Mahoma. El magismo había perdido su fuerza de expansión; la rivalidad existía entre judíos y cristianos, pero unos y otros tenían que combatir á los idólatras. Entre los Arabes, como en el imperio romano, el paganismo se apoyaba en la autoridad de tradición. El Corán nos ha conservado las objeciones que los partidarios del pasado hacían á los innovadores. Aquéllos decían: "Nosotros hemos encontrado que nuestros padres practicaban este culto, y queremos seguir sus pasos,". Dios dice á Mahoma: "Antes de ti sucedió siempre lo mismo; cuantas veces hemos enviado apóstoles á predicar á alguna ciudad, sus habitantes más ricos les decían: "Nosotros encontramos que nuestros padres practicaban este culto, y seguimos sus pasos,". Diles: "¿Y si yo os traigo un culto mejor que el de vuestros padres?" Ellos responderán: "Nosotros no creemos en tu misión," (1). El pasado lucha en vano contra el porvenir; la derrota de la idolatría era inevitable.

El cristianismo y el judaísmo se disputaron la conversión de los Arabes. En medio de aquellas poblaciones guerreras en que toda polémica degenera en combate, la rivalidad de las dos religiones fué hartas veces sangrienta (2), y ninguna de ellas triunfó. Cuando Mahoma apareció en la escena, la masa de los Arabes continuaba apegada siempre á la idolatría. La tradición nos representa á las más elevadas inteligencias vacilando entre los diversos cultos, andando de acá para allá, por decirlo así, en busca de la verdadera religión. Mientras que los Coraichitas celebraban la fiesta de uno de sus ídolos, se reunieron cuatro hombres á escondidas de la multitud y se comunicaron sus sentimientos: "Nuestros compatriotas, se dijeron, marchan por un mal camino; se han alejado de la religión de Abraham. ¿Quién es esa pretendida divinidad á la cual consagran víctimas y á cuyo alrededor hacen procesiones solemnes? Un pedazo de piedra mudo é insensible, incapaz de hacer bien ni mal. Todo eso no es más que error. Busquemos la verdad, busquemos la pura religión de Abraham, nuestro padre, y para encontrarla, abandonemos, si es ne-

(1) *El Corán*, XLIII, 21-23.

(2) PERCEVAL, *Historia de los Arabes*, t. I, p. 128.

cesario, nuestra patria y recorramos los países extranjeros." El primero de aquellos cuatro personajes, *Waraca*, creía que un profeta debía aparecer en la raza árabe; sin embargo, después de haber estudiado con celo los sagrados libros de los cristianos, abrazó el cristianismo. El segundo, *Othman*, viajó interrogando á todos aquellos que podían ilustrarle, y los monjes le ganaron á la fe de Cristo. El tercero, *Obaydallah*, creyó reconocer en el islam la verdadera religión que buscaba, pero acabó por aceptar el Evangelio. El cuarto, *Zaiz*, vino á ser el Juan Bautista de Mahoma. Todos los días iba á la Caba para rogar á Dios que le iluminase, y se le veía, apoyada la espalda contra el muro del templo, entregado largas horas á sus meditaciones, de las cuales salía exclamando: "Señor, si yo supiese de qué manera quieres ser adorado y servido, obedecería tu voluntad; pero lo ignoro." Después se postraba con la frente sobre la tierra. Ni el judaísmo ni la religión de Cristo satisfacía á aquella alma ávida de creencias, y se formó una religión aparte, procurando conformarse con la que creía que había sido la de Abraham. Tributaba homenaje á la unidad de Dios, atacaba abiertamente las falsas divinidades y declamaba fervorosamente contra las prácticas supersticiosas. Recorrió la Mesopotamia, consultando por todas partes á los hombres piadosos, con la esperanza de hallar el culto de Abraham. Largo tiempo anduvo errante de un lugar para otro, constantemente entregado á sus investigaciones, y en este estado llegó á sus oídos que un profeta árabe predicaba la religión de los patriarcas; *Zaid* reconoció en la doctrina de Mahoma la religión que él deseaba (1).

Mahoma nació en medio de aquella efervescencia religiosa. Rechazó la idolatría con horror; el judaísmo y el cristianismo no le satisfacían. Moisés no hubiera conocido su propia religión en los sueños del Talmud, y no sin razón acriminaba Mahoma á los Judíos haber corrompido la Escritura y no observar sus leyes, comparándolos á asnos cargados de libros. Mahoma reverenciaba á Jesucristo como profeta divino; pero acusaba á los cristianos de haber alterado, por una mezcla idólatra, la pura doctrina que el Mesías les había enseñado; la divinidad de Cristo, la Trinidad y el culto de los santos le parecían otras tantas supersticiones;

(1) PERCEVAL, *Historia de los Arabes*, t. I, p. 321-326.

“Di á los cristianos: No adoremos más que un solo Dios. Infiel es aquel que dice: Dios es una tercera persona de la Trinidad. No hay más Dios que el único Dios. Los que dicen que Dios es el Mesías, hijo de María, son infieles. El Mesías no es más que un apóstol, un hombre; y Jesús, como Adán, ha sido formado del polvo; Dios le dijo: Sé, y fué. Adorar á Jesucristo es apartarse de los mandamientos de Dios. Los cristianos se han separado más todavía, colocando al lado de Dios compañeros que ellos aman como á Dios; los que creen, aman á Dios sobre todo (1).”

Los cargos que Mahoma dirige á los judíos y á los cristianos nos revelan la tendencia de sus ideas. No atacó las revelaciones de Moisés y de Jesucristo, en los cuales veía apóstoles de Dios. Y entonces, ¿por qué no quería ser ni judío ni cristiano? Porque los cristianos y los judíos que él veía no se diferenciaban de los idólatras más que en el objeto de su idolatría. Imaginándose que los antiguos tenían una idea más pura de la divinidad, Mahoma se propuso restablecer el culto de Abraham, alterado por la superstición (2). Para un Arabe debía tener grandísimo atractivo la fe de los antiguos patriarcas; Abraham é Ismael eran los progenitores de su raza; volver á los Arabes al Dios de Abraham... era volverles á la religión de sus padres. Esa idea del pasado es una ilusión histórica: la unidad de Dios, tal como Mahoma la predicó, jamás había sido revelada bajo una forma tan sencilla y tan concreta. Entre los judíos había sido viciada por la preocupación de una raza privilegiada y de una divinidad nacional. Entre los cristianos, la divinidad de Jesucristo, el culto de los santos y las imágenes alteraban la noción de un Dios universal. Mahoma, al tomar de Moisés la idea de un Dios único, fué realmente profeta. Se inspiró en todas las religiones que conocía. En el mosaísmo, el destino del hombre después de la muerte era problemático, y una poderosa secta, apoyándose en el silencio de los libros sagrados, negaba que el alma fuese inmortal. La vida perdurable del individuo estaba admitida por los magos; y los cristianos llegaron hasta reivindicar para el hombre la resurrección de su cuerpo, á fin de marcar mejor la

(1) *El Corán*, III, 57; v, 77; v, 19; v, 76, 116, 177; v, 79; XLIII, 59; III, 52; IX, 31; II, 160.

(2) *El Corán*, II, 129 y sig.—WELL, *Mahoma*, p. 42.

inmortalidad del individuo. Mahoma también predicó la inmortalidad y la resurrección.

Mahoma experimentó una viva resistencia de parte de los idólatras, que fueron los que abrieron el combate contra el profeta; y obligado éste á huir de la Meca, la oposición religiosa provocó una guerra. Los judíos se aliaron con los idólatras contra el enemigo común; pero Mahoma triunfó. Las primeras tribus que se le sometieron fueron las cristianas; el cristianismo no había echado raíces en las costumbres de los pueblos de Oriente; su verdadero profeta era Mahoma. El único enemigo serio que tuvo que vencer fué el paganismo. Aquella lucha nos revela su misión: Mahoma viene á enseñar la unidad de Dios á los idólatras, y con ese dogma atrae á los cristianos que, á fuerza de supersticiones, casi le habían olvidado.

§ II.—El dogma.

Los cristianos han casi odiado la filosofía, la han despreciado y condenado, y la habrían aniquilado si hubiera estado en su poder destruir el pensamiento libre, y, sin embargo, la filosofía es á la que debe el cristianismo su superioridad sobre el mahometismo. Mahoma es extraño á toda especulación filosófica. La ciencia griega penetró entre los Arabes, pero no tuvo poder bastante para modificar un dogma demasiado absoluto. Y como la filosofía no ha podido ni ilustrar ni desarrollar el dogma mahometano, éste ha quedado incompleto y hasta contradictorio.

N.º 1.—Concepto de Dios.

“Dios es uno. Es el Dios Eterno. No ha engendrado ni ha sido engendrado. Dios ha creado el mundo de la nada,” (1). Dios uno y creador: hé aquí toda la teología de Mahoma, que está exenta de superstición. Se ha acusado á los mahometanos (2) (¿de qué no se les ha acusado?) de que adoran á un Dios corporal; siendo así que no consenten ni siquiera una imagen en sus templos, y que el culto de las imágenes es uno de los grandes crímenes que ellos imputan á los cristianos. Gibbon dice, con mucha más razón, que un filósofo deista

(1) *El Corán*, CXII.

(2) El papa Pio II (RELAND, II, 3).

podría afirmar el símbolo popular de los musulmanes. Sí, el Dios de Mahoma es el Dios de los deístas, y esa noción constituye la grandeza del profeta árabe. Mahoma rechaza la Trinidad como un politeísmo, y hay que confesar que para los cristianos del siglo VII, y aun para los Padres de la Iglesia, la Trinidad no significa más que la divinidad de Jesucristo, divinidad que Mahoma hace bien en rechazar, como la han rechazado, siglos después de él, los librepensadores. El profeta árabe encuentra palabras admirables para increpar la idolatría y para exaltar al único Dios: “Solo él es digno de ser invocado. Aquellos que imploran otros dioses los imploran en vano, y se asemejan á aquel que extiende sus dos manos hacia el agua para llevarla á su boca, pero que jamás llega á tocarla... ¿Cuál es el soberano de los cielos y de la tierra? Dios. ¿Lo olvidaréis para ir á buscar patronos incapaces de defenderse á sí mismos? ¿Será considerado el ciego como igual á aquel que ve las tinieblas y la luz? ¿Darán ellos por compañeros á Dios divinidades que hayan creado de la manera que crea Dios?” (1).

El deísmo puro, tal como lo consagra Mahoma, es una noción imperfecta de Dios, en tanto que el profeta árabe desconoce ó no revela ese lazo entre el Creador y la criatura que los teólogos llaman la gracia. ¿Cuáles son, en su doctrina, las relaciones del hombre con Dios? La criatura desaparece ante la omnipotencia del Creador; hay un abismo entre el hombre y Dios; y á fuerza de ser absoluta, la potencia divina llega á ser arbitraria. Esas consecuencias del deísmo se han desarrollado entre los mahometanos, por más que el Corán no sea más desfavorable á la libertad humana que el Evangelio.

N.º 2.—Relaciones del hombre con Dios.—La predestinación.

Nada más célebre que el fatalismo musulmán; los autores cristianos están unánimes es decir que Mahoma destruye la libertad del hombre y que atribuye á Dios el principio y la causa del pecado (2). Con todo eso, el dogma está lejos de ser tan fatalista como se cree. La predestinación es para Maho-

ma un arma de guerra: hace á los creyentes resignados á la voluntad de Dios é invencibles en los campos de batalla. En uno de los combates que los Coraichitas libraron contra los refugiados de Medina fué vencido Mahoma; la desolación y el desaliento embargó á sus gentes, y los que habían perdido algún pariente, acusaban al profeta, el cual les respondió: “Dios determina la duración de la vida de cada hombre, y no hay precaución humana que la pueda prolongar un instante; los que han muerto en el combate hubieran muerto igualmente en su casa,” (1). La predestinación no está aplicada más que á la hora de la muerte: “El hombre no muere más que por la voluntad de Dios y según el libro que fija el término. En cualquiera lugar que estéis, la muerte os alcanzará,” (2). ¿Niega por esto Mahoma la libertad moral del hombre? ¿Hace á Dios autor del pecado? No, la libertad humana está claramente marcada en el Corán, y Mahoma la recuerda muchas veces: “El que haya hecho el mal, será retribuido por el mal. Pero aquellos que creen y practican las buenas obras, les llevaremos á jardines regados por mil arroyos,” (3). Las expresiones de que se sirve el profeta árabe para señalar las recompensas que esperan al justo le hubieran hecho condenar como pelagiano por un concilio católico: “A aquellos que creen y que practican buenas obras, Dios les pagará su salario exactamente. Aquel que ha cometido una mala acción recibirá el precio equivalente.” Mahoma toma en cuenta los móviles que inspiran las acciones humanas y la intención que aumenta ó disminuye la culpabilidad. “En el día del juicio final, el libro en que están escritas las acciones de cada uno será puesto entre sus manos; las más pequeñas cosas como las más grandes, ninguna será omitida, y las recompensas serán proporcionadas al bien,” (4).

No hay libro sagrado en el cual brille con más evidencia la libertad humana. Decimos más: la libertad es más completa en el islam que en la doctrina cristiana (a). Mahoma no conoce el dogma

(1) PRIDEAUX, *Vida de Mahoma*, p. 103.

(2) *Corán*, III, 189; IV, 80.

(3) RELAND, *De Relig. Moham.*, I, 7, p. 65.—*Corán*, IV, 122, 121.

(4) *Corán*, IV, 172; VI, 161; XLII, 47; LVII, 10.

(a) Se necesita de todo el fanatismo que despierta el espíritu de secta ó de partido para decir seriamente lo que dice aquí Mr. Laurent. No hay un lugar en el Evangelio en que no respaldada la influencia y el poder ilimitado de la libertad moral del hombre; llega hasta tal punto en el Evangelio de exal-

(1) *El Corán*, XIII, 15, 27, 2, 3, 14.

(2) Véanse las citas que hace RELAND, *Religión de Mahoma*, II, 4, p. 151.—BERGIER, *Diccionario de Teología*, palabra Mahometismo.